



**Nombre de alumnos: María Esther  
Gómez alegría**

**Nombre del profesor: Kenneth  
Alejandro Reyes Escalante**

**Nombre del trabajo: ensayo**

PASIÓN POR EDUCAR

**Materia: niñez**

**Grado: único**

**Grupo: psicología**

Pichucalco, Chiapas a 18 de septiembre de 2020.

## Construcción social del cuerpo

Los cuerpos han sido y son, desde los albores de la humanidad, receptores de significados sociales como también productores y transmisores de significados. Los cuerpos han jugado siempre una función simbólica. Podemos señalarlo de otra manera: los cuerpos son producto de una construcción social: están insertos en una época y en una sociedad particulares. Pero además las personas tienen la capacidad de expresar significados con sus cuerpos. ¿Qué significa eso? Que toda sociedad implanta políticas o pedagogías para la gestión o manipulación de los cuerpos pero a la vez éstos pueden convertirse en locus de resistencia o de expresión simbólica.

También es cierto que los cuerpos pueden constituirse en locus o espacios de performance cultural de resistencia: las sociedades tradicionales conocen ritos de exorcismo, cultos de posesión y todo un repertorio de expresiones corporales de “nervios” de aquellas categorías de personas que carecen de poder y somatizan estados devaluados de vida. Si bien el cuerpo es y ha sido una dimensión fundamental en las sociedades desde los albores de la humanidad, resulta muy significativo que para los científicos sociales el cuerpo haya sido una categoría elusiva, incluso más que la función del comer

”. Algunos estudios muestran que en sociedades donde se valora la sobrealimentación y la obesidad, parece existir un miedo residual a las hambrunas o, de lo contrario, la muestra del afecto y el cuidado se encuentran asociados a la función alimentadora. Por otra parte, algunos otros estudios empíricos en sociedades tradicionales parecen mostrar que en sociedades tradicionales donde se valora la esbeltez, y la abstinencia o ayuno son vistos como virtudes—, tiende a tratarse de sociedades donde la dotación de alimentos es irregular

En sociedades tradicionales los cuerpos encarnan la estructura social: cada casta, clan, grupo étnico, sector social, etc., tenía un particular modo de gestionar su corporalidad. Ciertas ropas, colores, tipos de tocados, eran exclusivos para determinados grupos sociales. La gestión corporal estaba adscrita a la posición social desde el nacimiento.

La persona puede cambiar de ropas o adornos según las épocas del año, los momentos del día, las estaciones o según las actividades que se realicen. Es en este momento histórico en el que aparece por primera vez el concepto de moda: el imperio de lo efímero (Lipovetsky, 1990). Los medios de comunicación empezarán a mostrar modelos de adorno corporal, que serán adoptados y desechados permanentemente por los diversos grupos sociales. La moda, será funcional al capitalismo, pues llevará a que se construyan permanentemente nuevas necesidades en torno a la corporalidad y ello generará una demanda constante sobre productos para gestionar el cuerpo. Y así las fábricas permanentemente producirán nuevos bienes y servicios para el mercado. Como todos los individuos pueden vestir de modo similar, aparecerán dos maneras de generar la distinción social: las marcas generarán una manera de construir y representar las diferencias sociales porque sólo algunos podrán acceder a vestir o tener bienes de ciertas marcas. Pero, además, la distinción social en este entorno de abundancia de bienes, se construirá a partir de la abstinencia alimenticia y de la valoración de la esbeltez. Porque sólo los que tienen qué comer pueden darse el lujo de dejar de comer.

palabras, vivimos un desasosiego producto de nuestra necesidad de reconocimiento externo, ya que se han eclipsado los grandes fines o ideales que nos proponía la tradición o la religión. Por

ello, tendemos a ver el cuerpo como artefacto u objeto que puede someterse a prácticas tecnológicas (como las liposucciones, los ayunos, vómitos, implantes, etc.) con la ilusión de restaurar un narcisismo perdido. • La pérdida de libertad para ser espontáneos, para librarnos de la tiranía de la publicidad, de los cuerpos que nos enrostran los modelos anoréxicos, de la perfección, del exitismo y de una muy fuerte exigencia de autonomía personal. Entonces, tal es la fuerza del egocentrismo que nos lleva a pensar en nosotros y en nuestro cuerpo; de la razón instrumental que nos lleva a objetivarlo y de la autoexigencia de perfección sobre la corporalidad, que en esta época del capitalismo tardío ya no sólo importa qué te pongas y de qué marca sea, sino que el mismo cuerpo desnudo debe poder mostrarse sin temor. El cuerpo parece haberse convertido en el proyecto de vida de muchas personas. “El salón parece una pasarela” comentaba una alumna de sector medio alto en relación al salón de clase en su universidad. Mientras un joven homosexual limeño de sector popular señalaba en una entrevista: Yo soy una personalidad y mi cuerpo es la expresión de mi personalidad ante los demás. A través de él puedo manifestar muchas cosas, los demás pueden enterarse de manifestaciones de mi carácter a través de mi cuerpo. O sea, en algunos momentos pensaba que era algo así, como que era un ser espiritual dentro de un cuerpo, pero poco a poco he ido aprendiendo que yo también soy este cuerpo.

Así, todo espacio social, toda interacción social aparece como un escenario para mostrar el cuerpo, para mostrarse como personalidad. E incluso, para muchos, sobre todo adolescentes, el cuerpo es la única o privilegiada manera de mostrarse. Tal es la centralidad de lo corporal para muchos jóvenes, que incluso lo importante no es el cuerpo que uno tiene, sino el cuerpo que uno puede llegar a tener. Más que ser, lo importante es el parecer. El proyecto vital parece anclarse en ese cuerpo ideal que se espera construir. Y para ello las técnicas quirúrgicas, las dietas, las pastillas, las máquinas para hacer ejercicios se convierten en accesorios indispensables. Son el bálsamo mágico que promete la ilusión del reequilibrio narcisista: “No soy nadie si no soy bella, para ser bella tengo que ser delgada, mientras más delgada más valorada y aceptada”.

La publicidad que comento nos ofrece un proyecto para vivir a partir de la gestión corporal, siguiendo el ideal de la esbeltez. Ya es parte del sentido común que esos ideales corporales tienen –por sedimentación y repetición– una gran capacidad para generar voluntad de imitación por parte de las jóvenes y adolescentes, quienes buscan modelos (que no sean los parentales) para construir su propio proyecto vital. Para resaltar la dificultad y sufrimiento que implica para las personas asumir ese ideal de esbeltez en sus propios cuerpos, NEDIC, un grupo de apoyo canadiense sobre desórdenes alimenticios nos propone –de manera lúdica– comparar las dimensiones corporales de las mujeres promedio en los países desarrollados, la que tendría una muñeca Barbie proyectada a dimensiones humanas y el típico maniquí de escaparate o vitrina.

En un estudio que realizamos en la Universidad de Lima con la profesora Alicia Pinzás, entre estudiantes de 16 a 19 años, encontramos que el 85% de las jóvenes le atribuían a su apariencia corporal una significativa importancia. Mientras en los varones sucedía lo mismo en un 77%. Ambas cifras muestran la gran importancia que cobra la apariencia física para los jóvenes y ya no sólo para las púberes. Sin embargo, a pesar de que para varones y mujeres la apariencia es fundamental, encontramos diferencias respecto de las pedagogías para modelar el cuerpo según sexo. Dietas y gimnasia parecen ser las especialidades femeninas, mientras el deporte es la masculina. Esto muestra que la presión social sobre las mujeres tiende a ser mucho mayor que la que encontramos en varones. Sin embargo, los varones más vulnerables a las dietas.

En otras palabras, los cuerpos anoréxicos, bulímicos y vigoréxicos nos permiten hablar de los cuerpos en general, porque se trata de la expresión llevada a los síntomas extremos de nuestros tiempos; es decir, se trata de llevar a los extremos los ideales corporales socialmente aceptados, convirtiendo a esos cuerpos liminales. Se trata, pues, de cuerpos excepcionales o anómalos, que nos permiten manejar nuestras ansiedades e incluso preguntarnos por la economía política de los cuerpos en nuestros tiempos. Quisiera recalcar que con el advenimiento de la modernidad aparece una fascinación por los cuerpos liminales. Los cuerpos extraños, monstruosos o prodigiosos: el hombre más alto o más bajo, el hombre lobo (cubierto de bellos), la mujer con barba o la de la cintura más estrecha. Los cuerpos liminales generaban una narrativa de lo maravilloso y se los mostraba en espectáculos circenses para generar asombro y entretenimiento; mientras hoy la narrativa generada en torno a estos cuerpos es el discurso de la patología y del error. Es indudable, pues, que nos hemos envuelto de un discurso medicalizado, que responde a lo que Foucault consideraba la “microfísica del poder” o cómo las instituciones se imponen a los cuerpos hasta volverlos dóciles. Las instituciones nos educan para controlar nuestra ubicación espacial, nuestros movimientos y nuestra relación con los objetos. Propongo que, más allá de encontrar los afrontes terapéuticos adecuados para tratar el sufrimiento que causa tener/ser un cuerpo anoréxico, bulímico o vigoréxico, debemos ubicarnos también –los que no tenemos esos cuerpos liminales– frente a las preguntas que esos cuerpos nos plantean y sentirnos interpelados como sociedad: qué valores, qué ideales estamos generando y qué consecuencias acarrearán. A manera de conclusión, se puede afirmar que los cuerpos vigoréxicos de los físico-culturistas, como los cuerpos anoréxicos y bulímicos, representan los límites o extremos de una escala donde el eje central es el ideal corporal de las sociedades del capitalismo tardío. En la columna central del siguiente cuadro graficamos el ethos de la sociedad occidental, que se vuelca hacia el cuerpo debido al enorme narcisismo y hedonismo que genera, por lo que se produce una fuerte preocupación por la alimentación y la producción social de la corporalidad; mientras en la primera columna podemos apreciar que quienes desarrollan cuerpos vigoréxicos buscan trascender a partir de una enorme musculatura. Sería el eje donde la escala corporal se agranda, a partir de la adopción de un régimen alimenticio orientado a eliminar grasa y ganar músculos. Este estado liminal nos plantea la paradoja de la diferenciación femenino-masculino a partir de la construcción corporal, ya que las mujeres vigoréxicas construyen cuerpos masculinizados.